

PERSONALIDAD MADURA

Ernesto Bolio y Arciniega

El hombre es un ser único. No hay dos personas exactamente iguales, aunque igual sea su esencia. De este rasgo de unicidad ha de brotar un profundo respeto por la persona. Es irrepetible. Nuestra vida pasa y no es posible repetir en el mismo contexto, en idéntica forma, nuestras acciones, nuestro modo de pensar, nuestras experiencias. Podemos, si hacer las mismas cosas, realizar las mismas acciones, pensar lo mismo, experimentar lo vivido, y, sin embargo nunca será exactamente igual: nosotros mismos, nuestro ambiente ya no es el mismo. De aquí nace el sentido de responsabilidad ante la vida.

El hombre es *inacabado e inacabable*. Sabemos que no somos seres terminados como lo puede ser un objeto; somos seres que nos vamos haciendo, personas que vamos realizando una tarea que nunca acabaremos totalmente. Esto da origen al deseo de luchar continuamente y seguir aprendiendo.

Es *finito*, tiene unos límites concretos. No lo podemos todo ni en el pensar ni en el querer ni en el actuar, y por eso aceptamos y comprendemos que no todo está a nuestro alcance.

Es *Contingente*, es decir, es un ser que ha empezado a existir en el tiempo y va a dejar de existir en el mismo; de aquí la necesidad de aprovechar la vida, de no desperdiciarla.

De estas cualidades humanas se deduce que el hombre está *sujeto a situaciones críticas*. En efecto, todo nuestro desarrollo personal sufre crisis ante las cuales podemos adoptar diferentes actitudes. Una es la crisis que nos hunde en la desesperación, en el vacío y sin sentido de la vida, en la amargura; la otra, es aquella que nos eleva, da sentido a nuestra vida, nos hace crecer, nos supera. Lo importante por lo tanto, no es que haya o no crisis –inevitables en la condición del hombre–, sino la actitud que tomemos ante ellas, y eso depende de nosotros mismos.

Factores influyentes en el desarrollo de la personalidad

Factores de tipo orgánico. Hay factores de tipo orgánico que pueden influir positiva o negativamente en el desarrollo de la personalidad. Se da el primer caso, cuando el individuo tiene una buena carga genética; entonces, habrá una influencia positiva en el ulterior desarrollo de la persona. Se da el segundo cuando influye negativamente, es decir, cuando a causa de un trastorno genérico o traumático, la personalidad tiene dificultades para desarrollarse de manera normal. Decimos que influyen y no que determinan, pues a pesar de una óptima o pésima carga genética pueden darse otros factores que alteren y dispongan la personalidad de manera distinta a la prevista.

Factores de tipo dinámico-familiar. Nos referimos a aquellos factores que influyen en el desarrollo del individuo, derivados de las relaciones adecuadas o inadecuadas entre padres e hijos. Estos factores también pueden actuar aquí en forma positiva: tal es el caso de los matrimonios cuya armonía conyugal provoca un clima de confianza, seguridad, serenidad en el ambiente familiar; o bien el opuesto, el caso de una pareja cuyos continuos conflictos hacen del ambiente familiar un sitio amenazante y frustrante o, de igual manera, el de un padre autoritario y una madre sobre protectora que influyen negativamente en el desarrollo del hijo que posiblemente tendrá fuertes sentimientos de inseguridad y dependencia. Pero como anteriormente dijimos, estos factores tanto positivos como negativos en sí mismos, pueden también tener una influencia positiva o negativa dependiendo del re juego de los otros aspectos. Y así vemos cómo no todo hijo de madre sobre protectora y de padre autoritario es inseguro y dependiente (puede incluso que resulte todo lo contrario).

Factores de tipo dinámico-social. Aquí se engloba aquellos factores que constituyen el medio ambiente, para-familiar, es decir, la escuela, los amigos del barrio, la sociedad en general. Estos también pueden actuar en forma positiva, moviendo al individuo a desarrollarse en forma madura o por lo contrario, retrasar o entorpecer dicho desarrollo.

El armónico desarrollo de la persona se encontraría pues, dependiendo en buena parte de estos factores. Pero ninguno de ellos aisladamente ni todos en convivencia pueden determinar fatalmente nuestro desarrollo. Además de todos los factores circunstanciales, estamos nosotros mismos que somos el factor decisivo de nuestro desenvolvimiento, según lo que hemos presupuesto que es el hombre: un ser inacabado e inacabable, en continua evolución de progreso, el cual, como también ya dijimos, depende de **nosotros mismos**.

Rasgos de la personalidad madura

Son muchos los componentes del perfil de la persona madura. La selección que hacemos a continuación no es puramente teórica. En la práctica del análisis de la persona, cuando ésta ofrece manifestaciones de comportamiento maduro hemos encontrado presentes, al menos, todos y cada uno de los rasgos que discutiremos a continuación, no tampoco con una intención teórica sino con una finalidad práctica de provecho personal.

Objetividad. La objetividad es un rasgo de madurez que consiste en el adecuado aprecio de la realidad, tanto interior como exterior. Consideraremos a la realidad interior desde cuatro dimensiones que nos parecen muy importantes, y que son: las virtudes, los defectos, las habilidades y las limitaciones.

Entendemos por virtudes las “fuerzas” del individuo y las fuerzas principales son las virtudes cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza. La prudencia entendida como aquella fuerza que permite al hombre poner los medios para lograr los fines que se propone; la justicia como el dar a cada quien lo suyo; la templanza que consiste en cuidar las proporciones y la fortaleza, consistente en acometer y soportar.

Los defectos son lo contrario de las virtudes cardinales y de sus virtudes derivadas: el pesimismo, la inconsistencia, el desorden, la deslealtad, etcétera.

Las limitaciones, como su nombre indica, son aquellos límites del hombre derivados de su propia finitud y de su constitución personal. Así, una limitación puede ser el no “tener oído” para tocar un instrumento, el carecer de un tipo de inteligencia determinada, etcétera. Una limitación, además, no puede ser superada en la línea de la misma limitación, en todo caso, puede haber una compensación en donde otra facultad supla: y en eso se distingue del defecto, de cuya superación nosotros podemos responder. En el ejemplo del instrumento, el individuo con falta de oído para la música tendrá que aprender a tocarlo siguiendo un método durante mucho tiempo, o bien dedicarse a otra actividad.

Por habilidades entendemos aquellas “dotes” especiales que un sujeto posee para alguna actividad.

La objetividad en relación a la realidad interna consistiría, pues, en aceptar que cada uno, como persona irreplicable, tiene sus propias virtudes y defectos, habilidades y limitaciones. Es falta de objetividad el que un sujeto crea que sólo es portador de virtudes, o bien que sólo tenga defectos; o que infravalore las limitaciones y dé exceso de peso a sus habilidades.

La idea que sobre sí mismo se tiene influye en buena medida en la percepción del exterior, es decir de lo que está fuera de mí, la realidad externa.

Autonomía. Es la capacidad del individuo de decidir por sí mismo. Autónomo es el que no se deja llevar por el qué dirán, sino que tiene claro lo que hay que hacer, independientemente de la opinión de quienes

le rodean. Es autónomo quien ha logrado “digerir” que en la vida hay tres tipos de personas. Las que lo aceptan como individuo, lo buscan y lo reconocen; las que lo odian, lo evitan y lo rechazan y aquellos para quienes es indiferente. Autónomo, es también quien no deja llevar por los modos del momento y las opiniones de café. Autónomo, por fin, es el que sabe escuchar las opiniones de los otros, como un material válido, pero no como un condicionante de las propias decisiones.

Capacidad de amar Ama en forma madura quien quiere lo mejor para el que ama. Esto trae como consecuencia la búsqueda de su desarrollo: que aquél a quien se ama sea objetivo, autónomo y libre. La persona que ama se ha preocupado de conocer a quien ama, ya que, como se dice, “no se ama sino lo que se conoce”; el amor supone el respeto ante el ser del amado, que es, como dijimos, único e irrepetible. El amor está más en compartir que en gozo propiamente dicho; más aún, a veces el dolor y las contradicciones son lo que fortalece y aviva el amor.

De lo que esa persona ama como bien supremo podemos deducir su valor, ya que “la calidad de nuestro amor da la calidad de nuestro ser”

El hombre que ama maduramente ama con pudor, cuya función – como dice Viktor Frankl- es protectora: “su tarea consiste en impedir que algo se convierta en objeto –objeto de espectadores-. Cuando esto sucede se pierde espontaneidad de la entrega al convertirse en objeto de observación”.

El amor implica también la aceptación de sí mismo y de los demás –entendiendo aceptación como conciencia de sí mismo-, los elementos que mencionaremos al hablar de objetividad (virtudes, defectos, limitaciones, habilidades); implica aceptar y poner los medios para comprender la naturaleza del comportamiento del ser amado, los cambios en la forma de pensar, querer y actuar, las inconsistencias y aparentes contradicciones.

Aceptar a otro supone forzosamente respetar su punto de vista que puede ser distinto o contrario al propio. Una persona que no se acepta a sí misma tampoco podrá aceptar a otros.

Cuando una persona ama dentro del contexto de la madurez, su amor no está condicionado en forma importante por el halago y la crítica de aquel a quien ama: es, hasta cierto punto, independiente de ambas. Pues se ama la unicidad, la irrepetibilidad del ser amado. Quien ama busca y encuentra en la diaria convivencia, la ocasión de demostrarlo mediante una actitud de servicio y de entrega generosa dándose más que dando. Amar supone comprender, aceptar a quien se ama. Se captan las facetas del otro y se aceptan. Van Kastel decía con razón, que aquel que ama está más ahí donde ama que no ahí donde respira, queriéndonos decir que está más en el objeto de su amor que en sí mismo.

Sentido de responsabilidad. La responsabilidad es la capacidad de responder adecuadamente, teniendo como marco de referencia los valores a los que se aspira. La responsabilidad implica, en cierto modo, una obligación que a su vez lleva un sentido. De modo que responsabilidad y sentido confluyen hacia un mismo fin. La responsabilidad implica una limitante respecto de aquellos otros aspectos que no están directamente relacionados con la respuesta de ese momento. Pero el hecho mismo de tal limitación, resulta enriquecedor para la persona, ya que así se va estructurando y fraguando su personalidad. Tagore decía: “El río tiene dos límites: las orillas; pero si no fuera por esos límites dejaría de ser río, sería otra cosa distinta”. Así la responsabilidad va haciendo que el sujeto sea eso y no otra cosa, se atenga a aquello a lo que aspira, y no se desparrame profusamente.

Dijimos que la responsabilidad implica una obligación, y , en efecto, podemos ver que quien actúa responsablemente se ve obligado en un determinado sentido: lo que me obliga para algo, y en ese algo está el sentido. El padre de familia que con sentido de responsabilidad castiga a sus hijos, lo hace con un sentido: formarlos, educarlos.

Trabajar productivamente. Cuando el individuo trabaja, es decir, despliega energías que lo conducen a alcanzar algo y obtiene resultados de su trabajo, decimos que trabaja productivamente. No nos referimos sólo, obviamente, a resultados de tipo económico, sino a resultados en el sentido amplio de la palabra –esto es, al logro de lo pretendido-, de modo que se implicarían aquí tanto la satisfacción de

necesidades más materiales como las más espirituales: también quedaría incluido aquí el descubrimiento y el desarrollo del individuo. En este sentido el trabajo es un medio de correalización. Un hombre que trabaja en forma madura lo hace independientemente del estado de ánimo que padece en ese momento, y lo hace porque lo tiene que realizar, de modo que supone trabajar en forma constante, sin desánimos por las lógicas dificultades y problemas que van apareciendo, sino que por el contrario, ve en ellas la oportunidad para su desarrollo personal.

Quien tiene una actitud madura ante el trabajo ha captado con toda profundidad aquello que dijera el poeta castellano: “Despacito y buena letra, que el hacer las cosas bien importa mas que el hacerlas”.

Visión amplia. Implica una vivencia panorámica de la vida y, por lo tanto, de intereses variados. Tiene visión amplia la persona que sabe captar las distintas facetas de la realidad y que se aboca al logro de metas en el campo religioso, político, estético, económico, etcétera. Quien tiene una visión amplia intuye la importancia de trascender a través de lo que se hace, pero, sobre todo, a través de lo que se es.

El que posee una visión amplia, en fin, no “relativiza lo absoluto ni obstaculiza lo relativo”, sino que da a cada cosa y acontecimiento, su lugar y su importancia.

Sentido ético. Se caracteriza por la capacidad de distinguir entre lo que es bueno y lo que es malo. La experiencia demuestra que todos los seres llevamos, impresa en nosotros, la capacidad de distinguir entre lo bueno y lo malo. No importa la cultura o la época: el hombre siempre ha tenido y tiene esa capacidad. No podemos entrar aquí en la importante cuestión acerca de si el mal o el bien dependen de la cultura o de la naturaleza: lo que interesa es subrayar que todos somos capaces de valorar lo bueno.

Tiene sentido ético quien tiene sentido del deber ser, saber qué requiere para llegar a ser en forma integral, considerando al hombre como un todo constituido por razón, voluntad y sentimientos, cuerpo y espíritu y con un fin natural y otro que excede la naturaleza.

Quien tiene entre sus principios normas de conducta tales como hacer el bien y evitar el mal, por ejemplo, no hace a otro lo que no quiere para sí mismo y no justifica los medios en razón del fin: posee, en consecuencia, una personalidad con sentido ético.

Capacidad de reflexión. Cuando el hombre no se limita a hacer, a querer, a conocer, sino que reflexiona sobre sus actos, sobre sus deseos, afectos y conocimientos, necesariamente surgen para él una serie de interrogantes: el porqué y el para qué de todo aquello. Por medio de la reflexión llega a un balance y se plantea lo que quiere en su vida, lo que le conviene como hombre. Decide entre lo importante y lo urgente, lo accidental y lo esencial, el todo y la parte. Sus acciones quedan impregnadas de intencionalidad, fruto de la reflexión previa.

El hombre maduro lleva consigo el hábito de ser tanto su pasado como su futuro y su presente. Al pasado se asoma para tratar de sacarle provecho con vistas al futuro y al presente para no dejar de hacer, para hacerlo con aquella intencionalidad actualizada en cada momento.

Sentido del humor. Humor tiene quien sabe reírse de las cosas, de los acontecimientos y de las personas, incluyendo la suya propia. Pero su reír no es despreciativo ni burlesco; es un alterar las coordenadas sin que esta alteración destruya lo esencial. Humor, dijo alguien, es reírse de aquello que uno ama y lo sigue amando. Pero, ¿qué significa reírse? : es poner aquello que es objeto de nuestro sentido del humor en una tesitura tal que nos hace amable en lugar de desagradable o molesto: apto o aceptable en lugar de inadecuado o inaceptable. Así, cuando somos capaces de reírnos de nuestros defectos físicos o mentales, los reducimos a un nivel en que, si son irremediables en ese momento, podrán resultar remediables con el tiempo; si son limitantes, podrán ser aceptados con gracia.

El verdadero sentido del humor no lastima, no humilla, al contrario: es consuelo, una forma de ensalzar la situación.

En las relaciones interpersonales el sentido del humor hace grata y amable la relación, sirve de bálsamo que extirpa las tensiones o, por lo menos, las hace más leves. Quien tiene sentido del humor, no hace tragedia de lo baladí.

Armonía sexual. Una adecuada armonía sexual implica colocar a la sexualidad en el lugar que le corresponde y afrontarla con actitud positiva. Cuando se ve como la posibilidad de llegar a perpetuarse a través de la generación de nuevos seres, la relación íntima entre hombre y mujer, dentro de este contexto, llega a ser la cristalización en lo corpóreo de la sublime unión de espíritus, y no una simple satisfacción sensitiva. Quien tiene un buen ajuste sexual experimenta la sexualidad a través de la otra persona como tal, no como una cosa que se usa, sino dotada de una dignidad que se deriva del ser persona.

Si la sexualidad implica entrega, la entrega ha de hacerse a una persona determinada y única, y en términos que sean válidos para toda la vida. Dentro de esta relación no se exige más de lo que la otra persona es capaz de dar.

Capacidad de entablar amistades profundas. La persona madura es capaz de establecer una relación afectiva basada en una sintonía espiritual que tiende a una profundización mutua y que resulta enriquecedora para ambas partes. La verdadera amistad, no está impregnada de un interés mercantil proveedor-consumidor, sino que ve en la otra persona la ocasión de actualizar lo que en uno es simplemente potencial. Por ejemplo: un amigo da la oportunidad de que la capacidad (potencia) de ser generoso, sea una realidad (acto de generosidad). En la amistad podemos decir que se está con la persona, no alrededor de ella. Se da una relación bipersonal y no de personaje a personaje como en la representación de un papel teatral.

Manejo emocional. El contenido emocional, esto es, los sentimientos, el humor, el talante –como en ocasiones se le nombra- es manejado y canalizado adecuadamente por el hombre maduro.

Sabemos por experiencia, que el hombre padece –en el sentido de ser sujeto- de variaciones en lo anímico. Pues bien, decimos que tales variaciones se manejan con madurez cuando no nos dejamos llevar por lo que se siente, sino por lo que se debe, pues sabemos que el deber es el camino más corto –¡el único camino! Para llegar a ser, a la realización personal.

El que maneja sus emociones responde en forma adecuada a las incitaciones y estímulos del medio ambiente. En esta tesitura, los sentimientos ocupan un lugar importante en la vida de un individuo, de modo que sabe no sólo reconocerlos, aceptarlos y respetarlos, sino también, y ello es importante, expresarlos sin inhibiciones y sin primitivismos.

Criterio. Una persona madura posee criterio cuando sabe juzgar y discernir lo más adecuado entre las alternativas que se va planteando como fruto de lo que observa, razona y escucha de los otros, con la finalidad de que sus acciones vayan encaminadas a la obtención de resultados. Vive aquel viejo aforismo escolástico, según el cual “hay que distinguir sin separar y unir sin confundir”.

El tener criterio arrastra muchas consecuencias: entre otras ser comprensivo con los demás, aceptando que los demás tienen libertad de pensar, sentir, actuar, de modo diverso al propio, o, incluso, de manera contraria. En el plano humano, caben diversas formas de apreciar las cosas, tanto en el campo de la ciencia, como en la política, el arte, etcétera. El reconocerlo así es una de las más claras manifestaciones del criterio.

La flexibilidad. Es otra manifestación del criterio. Flexibilidad significa mente abierta al cambio si éste supone una mejora para la persona o personas que nos rodean; el hombre flexible está más dispuesto a escuchar que a oír. Se da cuenta de que hay mucho que cambiar, mucho que hacer, que no todo está terminado. Por ello, adopta una actitud constructiva cuando se le presentan problemas: aprovecha los elementos positivos, en los que hace hincapié y procura sacar partido de los negativos. Está dispuesto a poner a prueba sus ideas, las explora, pide que las evalúen y no se molesta ni se torna agresivo si sus sugerencias no se ponen en práctica. Acepta el derecho que tiene a equivocarse, ya que es consciente de no ser perfecto. Todo esto lo conduce a un estado de serenidad, y lo ayuda a no absolutizar lo que en realidad no tiene sino un valor condicionado y relativo.

Seguridad. La seguridad del hombre maduro está fincada en una comprensión de su dignidad como persona: vale por lo que es, no por lo que tiene. Se da cuenta de que su seguridad no puede ser absoluta, porque es un ser limitado. Se preocupa por desarrollar sus propios recursos, cosa que lo lleva a enfrentarse mejor con las circunstancias cambiantes del medio, evita el construir barreras que lo aíslan de los demás, insiste en enfrentarse a los problemas, a no darles la vuelta. Sabe bien que ante lo nuevo, lo inesperado, lo grandioso, puede experimentar cierta inseguridad, por demás normal; si no fuera así sería un insensato, un loco. Podríamos decir que esa dosis de inseguridad es mecanismo que lo hace estar alerta y que de algún modo permite que esté más abierto al exterior.

Manejarse por objetivos. La persona madura plantea su vida en función de objetivos, esto es, en función de algo que queremos alcanzar.

Algunos objetivos suelen estar en función de otros que tienen carácter de fin, que llamamos objetivo final o simplemente fin, en tanto que los demás le son subordinados o intermedios. El objetivo final es aquel que ya no admite subordinarse a ningún otro, porque de hacerlo dejaría de ser final para convertirse en intermedio.

Madurez significa, por de pronto, saber cuál es mi fin. Pero, de otra parte, para lograr la realización de sus objetivos, el hombre puede elegir generalmente diversos caminos con una inversión de tiempo y un desgaste de energía variables. En este aspecto, la madurez consistirá en lograrlos en la forma más directa posible, con un máximo de aprovechamiento de energía, o con un mínimo desgaste de ella.

Respecto del fin, el hombre maduro es consciente de que su vida terrena se desarrolla dentro del tiempo, y este tiempo se divide en horas. Es consciente por tanto de que su vida consta de un determinado número de horas. Aprovecha, pues, su tiempo invirtiéndolo en objetivos que valgan la pena, objetivos de calidad que lo realicen más plenamente. El logro de objetivos trae consigo una serie de consecuencias y conlleva unos antecedentes. La madurez consiste en conocer y analizar ambos, buscando un mejoramiento personal.

La libertad. La libertad es la capacidad de elegir lo mejor para la persona. Tiene relación con el intelecto ya que en su proceso interviene la razón, pero también tiene relación con la voluntad, porque en última instancia es la voluntad el “brazo” de la elección. La madurez de la libertad radica en la elección de lo mejor. Todo lo que sale de este cauce no es libertad madura, son formas incipientes o poco desarrolladas de libertad. Veamos algunas de ellas: la libertad-de, esta libertad en germen es la que permite la libertad-para. Yo soy libre de escoger profesión de médico: esta elección es el inicio, el embrión de aquello por lo que quiero ser médico. La libertad-de no tendría sentido si no mirara a algo más, si yo no pretendiera ser médico para curar enfermos. El para da sentido al de. El hombre maduro se mueve en el plano del para en todas sus actividades y el de lo toma sólo como preámbulo.

Manejo de la frustración. Primero definamos qué entendemos por frustración: es una sensación de malestar, de desazón que experimenta el individuo cuando no ha logrado algo –valioso- que deseaba.

La frustración es un fenómeno frecuente en la vida de las personas; su manejo, por parte de la persona madura, consiste primeramente en la aceptación del fenómeno: la frustración es uno de los riesgos que corro al intentar alcanzar algo. En segundo lugar, cuando no he alcanzado lo que deseaba, surge la frustración, atiendo al porqué no lo logré, es decir, a los obstáculos que me lo impidieron para tenerlos en cuenta en el futuro y pongo menos acento en mi valía personal.

Existe un manejo inadecuado de la frustración cuando toda mi energía se va en auto recriminaciones a mi capacidad, o bien cuando ataco directamente el centro de mi persona: en cambio, cuando analizo las causas, las barreras, los obstáculos que contribuyeron al fallo de lo propuesto, entonces estoy en posibilidad de manejar mejor la frustración. Requiero también canalizar la agresividad que provoca mi frustración en formas productivas para superar los obstáculos. Dicho de otra manera: mientras más orientados estamos hacia el logro del objetivo, mediante el enfrentamiento y resolución de problemas, más madura es nuestra propia personalidad.

Filosofía integradora.

Todos estos aspectos concernientes a un hombre que podría calificarse como maduro, no se encuentran inconexos entre sí. Si bien se mira, cada una de las cualidades humanas descritas implica a las demás necesariamente, y unifica, desde su propio foco, todas las cualidades que conciernen al hombre, tanto en lo que se refieren a su interior como a su exterior. Esto significa, ni más ni menos, que el hombre maduro es un hombre integrado, que unifica en torno a sí los elementos heterogéneos de que se compone la rica trama de su existencia: que tiene, en suma, lo que podría determinarse como filosofía integrada. Esto nos permite cimentar el soporte último de la madurez.

Cuando un individuo se mueve por unos principios sólidos, que de alguna manera estructuran y dirigen su vida, posee precisamente esa filosofía integrada. Esos principios se caracterizan por ser congruentes y consistentes. Lo que se piensa está en relación directa con lo que se hace, existe una armonía entre lo que se desea y lo que se puede: se está moviendo por valores que trascienden lo anecdótico y temporal. El hombre maduro va realizando – en la medida de sus posibilidades- los valores, tales como la verdad y el bien. Acepta la existencia de valores objetivos ya que “cuando no se aceptan valores objetivos, no hay validez objetiva de los valores, y, entonces, no se tiene jerarquía de valores” (Viktor Frankl).